

Piero Rafael Martínez de la Hoz

La muerte de un hijo, un amor infinito

Por: Giselle De La Hoz de Martínez

Empezar estas líneas ha tocado fibras profundas dentro de mí... cada instante que me disponía a escribir, veía como mi pecho palpitaba aceleradamente y mi respiración se acortaba. Finalmente, sentada frente a mi ventana, observando la profundidad del mar y la oscuridad de la madrugada, tomé la pluma y me dispuse a escribir... palabras inspiradas por el espíritu, transparentes y humildes.

Sumergida en la tristeza en donde puedo ver, sentir y oler el dolor de no tener a mi hijo a mi lado, me mueve el deseo de comunicar sentimientos, reacciones, reflexiones y creencias, inspirada por el valor de irradiar esperanza a aquellas familias que en este momento están padeciendo la desgarradora experiencia de perder un hijo. Ojalá este rayito de luz ilumine a aquellos hogares que tienen la fortuna de no sentir este vacío, tomando conciencia de nuestra vulnerabilidad como seres humanos para así poder enfrentar el sufrimiento o la muerte de los demás.

La experiencia personal

Cuántas veces no hemos deseado fervorosamente una vida feliz, sin dificultades, sin sufrimiento. Sin embargo, esa existencia es meramente utópica e inhumana. Lamentablemente, nuestro existir está condicionado por la dificultad y por alguna forma de sufrimiento. Se necesita valor para enfrentar el dolor que causa la muerte de un hijo, se necesita el apoyo, hasta del que no nos conoce, con su oración. Se necesita coraje para arrancar el miedo, un miedo que invade, que paraliza, una tristeza que nos envuelve e inestabiliza, unas culpas que se entierran como agujas por todo el cuerpo noche y día, añorando cada amanecer de un nuevo día tener a ese hijo adorado con nosotros.

Piero Rafael nació el 21 de enero de 1993, su llegada iluminó nuestro hogar y él nos dio la oportunidad de crecer para ser mejores padres. Era un niño juicioso, tierno, amoroso, inteligente. Murió el 27 de junio de 1998, cuando tenía 5 años y medio, consecuencia de un accidente con un arma de fuego en el Valle de Antón. Esa noche llena de nubes oscuras, con llovizna, mil preguntas aterrizaban en mi mente... ¿Sufrió antes de morir? Se asustó? ¿Cómo enfrentar la vida sin él? ¿Por qué a mi hijo le tocó esto? ¿Qué mal he hecho yo para merecer este castigo? ¿Qué voy a hacer sin mi hijito? ¿Qué será de mi otro hijo, Paolo, con una madre triste toda su vida? Estas fueron, una y otra vez, las preguntas e imágenes que me torturaban, rodeada de muchos seres queridos que deseaban aliviar nuestro dolor. Gracias a esos abrazos, rezos, llamadas de preocupación, largas horas de escucha que nos permitieron sobrevivir esa primera etapa.

Enterrar mi hijo... despedirme, preguntarle a Dios dónde estaba mi pequeño: "¿Esa vida eterna realmente existe?" "Si eres tan bueno: ¿Por qué te lo llevaste?..." "Permítele a la virgen tenerlo en sus brazos". Mi corazón se me desgarraba, no podía llorar, sentía que el dolor enterrado en mis entrañas no iba a salir. Sentía que no iba a poder vivir. Quise estar a su lado, sentí que había fracasado como madre, cuestioné la existencia misma de la vida, se desmoronaban mis cimientos, mis valores, mis creencias. Mi familia, sin Piero, no era familia. Hablar de él constantemente y ver algunas de sus fotos me confortaba.

El camino del duelo está lleno de miedos, culpas, resentimientos, impotencia, pasividad, vacío y odio. Son sentimientos que aterrorizan, que juzgamos en nosotros mismos, dolorosos de enfrentar y, a veces, irreales, provocados por nuestras fantasías. ¡Si tan sólo pudiésemos entender, desde niños, nuestra propia vulnerabilidad, nuestras limitantes, nuestros errores, pudiésemos acariciarnos con mucha más benevolencia, misericordia y paciencia! Con frecuencia los sentimientos de culpa que nos agobian son reales, en cuyo caso es saludable enfrentarlos, razonarlos y perdonarnos. Este acto de humildad nos permitirá enseñar a nuestros hijos a enfrentar la adversidad y situaciones dolorosas.

La pareja

Cuando vuelvo atrás, confirmo que mi esposo estuvo y está a mi lado, largas horas y días de desvelo, mirando hacia el techo y buscando respuestas a nuestro dolor. Hoy, él, mi compañero, es quien escucha mi dolor, quien seca mis lágrimas, quien agarra mi mano, me abraza y algunos momentos es mi bastón para caminar.

Pero en ese momento, el tener que enfrentar mutuos reproches, culpas, amargura nos hizo vivir momentos difíciles. Sumergidos en la tristeza, reaccionando explosivamente al dolor y, en algunas veces, no comprendiendo el silencio, la falta de comunicación nos empujó a recurrir a ayuda psicológica y espiritual, reconociendo el compromiso y la responsabilidad que teníamos hacia nuestro matrimonio y hacia nuestro otro hijo. Esto nos permitió decir lo que sentíamos sin herirnos, respetando el dolor de cada uno, sin juicios y conscientes de que solamente juntos podíamos recuperar nuestra estado emocional y, por ende, apoyar a nuestro hijo.

Hoy en día, a través del dolor entrañable que sentimos por no tener a Piero, estamos concientes de nuestro amor. La risa de mi esposo me contagia, su perseverancia me anima, su deseo de cambiar y crecer interiormente me hace respetarlo más, y su tristeza y dolor de padre me hacen llorar.

Los otros hijos

Cuando miro las fotos de mis tres hijos, Piero Rafael, Paolo Francesco y Leonardo Stefano, siento una dicha inmensa por el regalo que Dios me dio. A veces me detengo a ver la foto de Paolo y me conmueve la tristeza que lleva en su alma de que su hermano, compañerito, no estará a su lado compartiendo su cuarto, el partido de football, sus juguetes. Lo admiro por lo valiente que ha sido y me entristece que a tan temprana edad, conoció el sufrimiento. Paolo tenía cuatro años cuando su hermano murió.

Los hijos sufren mucho por el hermano que murió y sufren el hecho de ver que sus padres no volverán a ser los mismos. Ellos quieren ser notados y recibir la expresión del amor de sus padres, a pesar del dolor que sienten por el hijo que murió.

Hoy puedo sentir ese amor pleno de tener a Paolo y luego a Leonardo, quien nació dos años más tarde. Es maravilloso poder abrazarlos. A veces miro el cielo y veo cómo las estrellas brillan, entonces me acerco a ellos y siento que son luceros que brillan en mi vida, que me hacen agradecer a la vida por la dicha de tenerlos a mi lado. Todas las noches beso a mis dos hijos en la frente y le pido a Dios que me enseñe a protegerlos y a enseñarles a enfrentarse a la adversidad.

Dios

Independientemente de cuál sea nuestro credo religioso, todos tenemos una dimensión espiritual que no podemos soslayar y que nos viene de un Ser Supremo. Cuando perdemos un ser querido, algunos nos aferramos más a Dios que otros. Algunos se distancian de Dios por meses y años.

En muchos instantes experimente rabia hacia Dios, sentada largas horas en el Santísimo, cuestionando del por qué... Muchas noches, cuando me disponía a cerrar mis ventanas, miraba al cielo, un cielo estrellado y preguntaba: "Dios mío, ¿cuál de esas estrellitas representa mi hijo...?"

A través de talleres de perdón y del perdón espiritual he podido experimentar el proceso de auto-perdonarme y perdonar. A través de mis oraciones, he encontrado la paz, amor y esperanza, y me siento unida, a través del dolor, con aquellas familias que sufren por la pérdida de un ser querido. Esta es la manifestación de Dios en mi vida.

Reflexiones

Han pasado cinco largos años, cada junio que transcurre siento que mi dolor se apacigua y es menos intenso. Cada aniversario de muerte, fecha de su cumpleaños, día de la madre, me sumerjo en la soledad de mi recámara, describo mi tristeza en poemas, participo de los rituales de la iglesia, comparto mi tiempo con mi esposo, hijos y con aquellas personas que me brindan el espacio para compartir mi tristeza.

A lo largo de estos años, he aprendido, aún cuando sé que no volveré a ser la misma, a vivir cada alegría y cada tristeza con intensidad. Admito mis errores con menos soberbia, me trato con benevolencia y paciencia. He aprendido que toda acción y decisión tienen una consecuencia y que su resultado no depende estrictamente de nosotros. Que no tengo control sobre todo lo que ocurre a mi alrededor. Que los hijos pueden morir antes que los padres. Que le tenía miedo a la muerte. Que fui y sigo siendo una buena madre, pero no perfecta. Que la plenitud se encuentra dentro de mí, no en lo que rodea.

Transformar las culpas y el dolor ayudando a los demás

A medida que el tiempo transcurría y que me encontraba en noches y días oscuros, me preguntaba qué hacían aquellas personas que no contasen con el apoyo familiar, social, económico para enfrentar su dolor, sobretodo en los casos de experiencias traumáticas, tales como los casos que involucraban la pérdida de niños y adolescentes. Allí nació la idea de reunirnos un grupo de padres, moderado por una terapeuta, buscando esperanza en el dolor. En julio del año 2000, la Fundación Piero Rafael Martínez De la Hoz abre las puertas a la comunidad para devolverle las ganas de vivir a aquellas familias a las que su dolor no les permitía ver la luz.

A través de la labor que hace la Fundación le he encontrado un significado a la vida de Piero Rafael. He aprendido a cuidar, valorar y amar más la vida; a no juzgar el dolor y la forma de reaccionar del que sufre. A respetar la autonomía de cada ser humano y el derecho a ser diferente. Aprendí que el haber vivido esta pena no significa que no pueda tener otras penas. Y, sobretodo, aprendí, que el recuerdo y el legado que dejó nuestro hijo perdurará en nuestros corazones y el de aquellos que lo conocieron, y que su semilla de amor seguirá germinando.

Esperanza en el dolor

A aquellos padres que han perdido un hijo, mi deseo de que con estas líneas puedan encontrar esperanza en el dolor. A pesar de que en muchos momentos la tristeza les impedirá ver la luz, navegando en la oscuridad del dolor, un dolor entrañable que año tras año irá siendo menos intenso. Hay muchas personas a su alrededor que estarán dispuestas a ayudarles, tal vez sin saber cómo. Somos nosotros quienes podemos, a través de nuestro recorrer, permitirles brindarnos su hombro para apoyarnos.

Respetemos el sufrimiento

Respetar significa valorar a los demás. Extendamos este respeto valorando al que sufre, aprendiendo a no juzgar, a ser empáticos, a ponernos en el lugar del que sufre, ya que, aunque nos parezca difícil e injusto, la muerte es un hecho inevitable que a todos nos afectará. Contribuyamos a una sociedad más sensible, respetuosa y humana. El no tomar conciencia de nuestra propia vulnerabilidad nos dificultará enfrentarnos al sufrimiento o la muerte de los demás.

Cada duelo es individual y circunstancial y, quizá, estas reflexiones para algunos no sean más que palabras huecas, sin contenido, sin embargo, estoy segura que habrá por lo menos otras personas que las valoren y entre líneas, puedan encontrar el valor y la paz para enfrentar su propio dolor, tal como yo lo hice.